

El contador Mateo Alemán

Literatura y modernidad en la España de los Austrias

LUIS GÓMEZ CANSECO
UNIVERSIDAD DE HUELVA

Se cumplen cuatro siglos de la muerte de Mateo Alemán. El *Cuzmán de Alfarache* sigue siendo un gran desconocido entre los clásicos de la literatura española y su autor, poco más que un nombre en los manuales. Sin embargo, la autobiografía del pícaro es un libro vivo con mucho que decir sobre el ser humano, mientras que la figura del contador Alemán se abre hacia otra España posible, pero fallida, dentro de la Monarquía de los Habsburgo. El hombre y su libro, profundamente unidos, ofrecen claves decisivas para entender una historia que no nos es ajena.

Pudiera parecer que Mateo Alemán vivió una existencia anodina, la de un contable que escribía libros a ratos muertos. Pero nada más lejos de la verdad, pues en su vida se entrecruzan las tensiones de la sangre familiar, la novedad de los mercados, las arbitrariedades del matrimonio, la conciencia de la modernidad, la literatura convertida en negocio, la configuración del Estado Moderno o la puerta de salida hacia América. No es poca cosa para quien estuvo inserto en esa España que, a caballo entre los siglos XVI y XVII, oscilaba entre el humanismo y la Contrarreforma, entre la tradición y la modernidad, entre la limpieza de la sangre y la fuerza del medro, entre la nobleza y el poder del dinero.

Aunque carezcamos de un documento que lo acredite, parece más que probable que los orígenes familiares del escritor se remonten hasta Juan Alemán, mayordomo del concejo de Sevilla conocido como *Pocasangre*, que fue quemado en 1497 por judaizar. No es un dato menor, a pesar de lo cual su padre, Hernando Alemán, llegaría a ejercer como médico en la cárcel real de la misma ciudad. Tampoco lo es el hecho de que su madre, Juana López del Nero, fuera hija de un comerciante de origen florentino, en una confluencia entre conversos y mercaderes italianos llamativamente frecuente en la Sevilla del Quijano.

Portada de la primera parte de *el Guzmán de Alfarache* publicada en 1599.



padre interrumpió esos estudios y, si llegó a obtener el título, nunca ejerció como tal, aunque esos conocimientos médicos reaparezcan una y otra vez en sus escritos. No obstante, la primera vocación del joven Alemán fueron los negocios, no siempre transparentes, en los que se vio inmerso desde 1568 y para el resto de su vida. En uno de esas transacciones, firmada con el capitán Alonso Hernández de Ayala, se comprometió a casarse con su pupila Catalina de Espinosa en caso de incumplir con los pagos. La cláusula se ejecutó en 1571 y le trajo de cabeza toda la vida, hasta el punto de llegar a comparar el matrimonio con la cárcel.

Un autorretrato

■ ...cómo yo y mis padres habemos sido y somos cristianos viejos y de buena y limpia generación, y no de casta de judío ni de moros ni de herejes ni de los nuevamente convertidos a nuestra santa fe católica, y que yo ni los dichos mis padres y abuelos habemos sido penitenciados por el Santo Oficio de la Inquisición; y que soy de edad de treinta e cuatro años, alto de cuerpo, la nariz larga, barbitaheño escuro, y tengo sobre el dedo pulgar de la mano izquierda una pequeña herida junto a la muñeca, que son las señas de mi persona.

José Gestoso. *Nuevos datos para ilustrar las biografías de Juan de Mal Lara y de Mateo Alemán*. La Región, Sevilla, 1896.



NEGOCIOS Y PAPELES. La vida y los negocios siguen, aunque con tiempo suficiente para fomentar la fe religiosa —y las relaciones sociales— profesando como hermano en la Cofradía del Dulcísimo Jesús Nazareno, para la que, ya como hermano mayor, llegaría a re-

dactar su regla en 1578. Pero solo dos años después, cuando parece haberse matriculado en leyes en la Universidad de Sevilla, entra en la cárcel por un nuevo impago. No sería la última vez. En esa situación, parece lógico que, a finales de 1581, solicitará licencia para pasar al Perú. El permiso le fue concedido, aunque decidió declinar en su derecho, acaso porque se le abrieron las puertas de la administración real. Corre la primavera de 1583 y le vemos inspeccionando por las bravas las alcabalas de Usagre. La intervención terminará con sus huesos en la cárcel de Mérida, pero en 1585, asentado en la corte, ya ejerce como contador de resultas de su majestad. Fueron tiempos de abundancia y un año después decide adquirir un solar en la madrileña calle del Río con la intención de edificar casa propia. Las comisiones reales le llevan por Lorca, Murcia y Cartagena, donde asegura haberse salvado milagrosamente de un disparo de cañón, mientras visitaba unas galeras. Alemán atribuyó el milagro a la intervención de San Antonio de Padua e hizo voto de escribir su vida.

Antes de hacerlo, en 1593, recibió una nueva comisión por parte del Consejo de las Órdenes para examinar las condiciones en que vivían los condenados en las minas de azogue de Almadén, cuya explotación llevaban los famosísimos Fúcares. Tras muchos forcejeos con los administradores, se iniciaron las pesquisas y los interrogatorios, de los que nos queda el testimonio de un espeluznante informe redactado por el propio Alemán, donde los condenados dan cuenta detallada de su terrible existencia. Pero todo acabó en nada, pues el Consejo mismo, cediendo al poder sin límites de los banqueros alemanes, interrumpió la inspección. Fue posiblemente uno de los últimos trabajos que el escritor hizo para la Corona. En los siguientes años aparece lejos de la administración pública y enredado de nuevo en negocios de toda índole con los que sobrevivir.

LETRAS SON DINEROS. Resulta verdaderamente milagroso que, entre tanto ir y venir, encontrara tiempo y sosiego para la literatura, pues hacia 1597, frisando ya con los cincuenta años, Mateo Alemán se presentó ante el mundo como escritor con la traducción de unas odas de Horacio,

Detalle del retrato de Mateo Alemán grabado en cobre por Pierre Perret.

Ilustración de la edición conjunta de las dos partes del *Guzmán de Alfarache* publicada en Amberes por Jerónimo Verdussen en 1681.

impresas en un pliego suelto. Esa suma de latines, horacianismo y discurso moral encaja a la perfección con el proyecto inicial de humanista que Alemán trazó para sí mismo. Ahí debe enmarcarse esa *Historia de Sevilla*, en la que estuvo trabajando, aun cuando solo nos haya llegado la noticia de su existencia. Y es que Alemán posiblemente aspiró en algún momento a entrar en ese círculo de escritores e intelectuales sevillanos formado en torno al pintor Francisco Pacheco. Aun así, lo cierto es que sus esfuerzos fueron en vano y terminaría refiriéndose a su ciudad como "madrastra".

En la corte madrileña, sin embargo, Alemán conectó de manera activa con un grupo de letreados y funcionarios reales que compartían una misma ideología trufada de moral estoica, cristianismo, atención a los pobres, reforma social y tacitismo político. En el se integraron gentes señaladas en la administración de Felipe II, como Cristóbal Pérez de Herrera, Hernando de Soto, Francisco Vallés o Alonso de Barros. A esos afanes parece responder el retrato que, en 1597, encargó al grabador flamenco Pierre Perret, donde se muestra con atuendo cortesano, señalando con una mano hacia un desolador emblema moral y sosteniendo con la otra un libro de Cornelio Tácito (véase página anterior). Pero lo cierto es que, junto a esa desconfianza tacitista, que invitaba a vivir atento a la amenaza de los semejantes, en Alemán se percibe también una honda confianza en el ser humano y en su capacidad de mejorar, en la educación, en la intervención política, en los nuevos saberes y en las posibilidades del presente, que le lleva a reprender en su *Ortografía* a los perezosos que "se contentan con lo que otros han trabajado, sin levantar el pensamiento a investigar cosas nuevas, curiosas y de importancia".

Esa suma de contrarios queda perfectamente plasmada en el *Guzmán de Alfarache*, cuya primera parte, terminada en 1597, vio la luz en 1599, al poco de ser coronado Felipe III. El éxito del libro, si bien tuvo que ser una válvula de oxígeno para Ale-



EN SU VIDA SE ENTRECRUZAN LA LIMPIEZA DE SANGRE, LOS MERCADOS, EL HUMANISMO, LA MODERNIDAD, LA REFORMA SOCIAL, EL ESTADO MODERNO Y EL HORIZONTE AMERICANO

mán, se convirtió en objeto inmediato de deseo para libreros e impresores, dando lugar a una avalancha de ediciones piratas, en alguna de las cuales llegó a participar el mismísimo autor para así salir de deudas. Y es que Alemán, en un gesto de verdadera modernidad, tuvo la inteligencia de entender que la literatura era también negocio y que la gente estaba dispuesta a dejarse los dineros para encontrar entretenimiento en la ficción. Contó, además, con el asesoramiento de su primo sevillano Juan Bautista del Rosso, que vino a ejercer como un moderno representante literario y le ayudó a planificar ventas, tirar ediciones y buscar mercados en Portugal o América.

Pero no le fueron las cosas también como para evitar un nuevo paso por la cárcel en la que su padre había ejercido la medicina. Satisfecha la deuda con la entrega de quinientos ejemplares del *Guzmán*, Alemán afrontó una nueva empresa literaria para cumplir con el voto hecho a San Antonio, pero también para agenciarse una renovada fuente de ingresos. El *San Antonio de Padua* vio la luz en 1604, pocos meses antes de que se publicara la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*. Este segundo pícaro salió de las prensas de Pedro Craesbeeck, en Lisboa, donde Alemán se encontraba procurando obtener el máximo provecho de sus quehaceres literarios con no menos de dos ediciones del *San Antonio* y otras tres, en formatos diversos, del segundo *Guzmán*. Para entonces, el escritor, próximo a cumplir los sesenta años, compartía casa, negocios y amores con Francisca Calderón, una joven de la que había sido tutor y era ahora amante.

CAMINO DE MÉXICO. En ese pertinaz afán por sobrevivir que fue la vida de Mateo Alemán, sus ojos se volvieron hacia Indias, para lo que solicitó licencia a la Corona pasar a Nueva España. En el documento, lleno de medias verdades, añade a su apellido un muy postizo "de Ayala", se queja del poco premio que han recibido sus labores y sus letras, apela a un "primo hermano muy rico" asentado en las minas de San Luis de Potosí y hace pasar por su hija a Francisca Calderón, "de veinticuatro años, trigueña, con un lunar debajo de la oreja izquierda", brillando por su ausencia su mujer, Catalina de Espinosa, a la que terminaría por abandonar en Sevilla. Llama la atención que, en abril de 1607, Alemán hiciera donación a Pedro de Ledesma de su casa madrileña, así como de los privilegios de impresión y venta del *Guzmán de Alfarache* y el *San Antonio de Padua*. Pero es que a Ledesma, como secretario del Consejo de Indias, le correspondía autorizar los pasajes. Uno y uno, dos.

Desnudo de pasado, Alemán embarcó con su pequeño séquito de hijos, amante y criados en junio de 1608 para llegar a San Juan de Ulúa dos meses después. Durante el viaje pudo tratar a fray García Guerra, recién nombrado arzobispo de Méjico y



Portada de su *Ortografía castellana*, publicada en México en 1609.

dirigir la *Ortografía* a su nueva ciudad con muestras inequívocas de agradecimiento: "Recibe agora, pues, joh, ilustre ciudad generosa!, este alegre y venturoso peregrino, a quien su buena fortuna trajo a manos de tu clemencia, que, como el trabajador fatigado del riguroso sol en el estío, desea repararse del cansancio, debajo del regalo de tu sombra". Pero tal remanso de paz no habría de durarle mucho.

EL ABISMO DE LA MUERTE. En 1611, tras fallecer el virrey don Luis de Velasco, fray García se hizo cargo del virreinato de Nueva España, aunque solo un año después le llegaría también la muerte, tras una larga y espantosa agonía. Mateo Alemán quiso dar testimonio de primera mano, sin omitir ni el más mínimo detalle de horror y truculencia, en el que sería el último de sus libros, los *Sucesos de don fray García Guerra*, impreso en 1613. La impresionante *Oración fúnebre* que cierra la obra, lejos de ser un mero ejercicio retórico, ofrece un sobrecogedor aviso sobre la fragilidad de la existencia humana y un anticipo para la propia muerte, que al poco le habría de alcanzar. La muerte encontró a Mateo Alemán en 1614, con sesenta y siete años y en la misma situación de penuria en la que hasta entonces había vivido. El mercader Miguel de Neve, que asistió al sepelio, declaró años más tarde que había oído "decir a Baltasar de Cabrera que había quedado por su albacea que se había pedido limosna para enterrarlo".

En la vida y la obra de Mateo Alemán se cifra una profunda voluntad de renovación, que alcanzó por igual a la literatura, la sociedad, la educación, el conocimiento o la política y que apunta a la posibilidad de una España distinta a la que sostenía la Monarquía de los Austrias. Pero el fracaso que parece atravesar su vida afectó también a sus ideas. Únicamente la literatura le dio asiento y cobijo en vida y aun después de muerto. Su *Guzmán de Alfarache* se imprimió por toda Europa y se tradujo desde muy pronto al italiano, al francés, al inglés y hasta al latín. No solo eso, la autobiografía del pícaro se convirtió en la piedra de toque, que, con Cervantes por medio, abriría la puerta a un nuevo modo de contar historias, la novela moderna. ■

Más información

Alemán, Mateo

Guzmán de Alfarache, ed. Luis Gómez Canseco. Real Academia Española. Madrid, 2012.

Cavillac, Mich

Pícaros y mercaderes en el Guzmán de Alfarache. Reformismo burgués y mentalidad aristocrática en la España del Siglo de Oro. Univ. de Granada. Granada, 1994.

Cros, Edmond

Mateo Alemán. Introducción a su vida y a su obra. Anaya. Salamanca, 1971.

Michaud, Monique

Mateo Alemán, moraliste chrétien: De l'apologue picaresque à l'apologétique tridentine. Aux Amateurs de Livres. París, 1987.



ah

ANDALUCÍA
EN LA HISTORIA

DOSIER

Fiestas de toros: ocio y negocio

Los orígenes de | El misterio
Isla Mínima | de la encebra



48